

LÁSZLÓ ALMÁSY
PILOTA UN COCHE
STEYR EN UN RALLY
EN POLONIA (1925).



por **XAVIER CARBONELL** Dos hombres conversan en una destartalada oficina entre el humo de los cigarrillos, que se mezcla con el aire y las palabras. Por una rendija del ventanal penetran la luz y la arena del desierto, que un ruidoso ventilador disuelve. Uno de los caballeros se saca del bolsillo una pitillera de plata y la ofrece al otro. Una antigua superstición húngara lo obliga a comprar su suerte antes de arriesgarlo todo. Su interlocutor acepta por cortesía y, a cambio, le regala una humilde petaca sudanesa donde guarda su tabaco. Protegido por esta transacción entre fumadores, el hombre abandona la habitación y prosigue su peligrosa travesía por el desierto egipcio. Delgado, apacible, el polvo no rebaja su elegancia. Es László Almásy, a quien los beduinos nombraron con respeto «padre de la arena» y que nosotros, diluyendo la vida en la ficción, conocemos como el «paciente inglés».

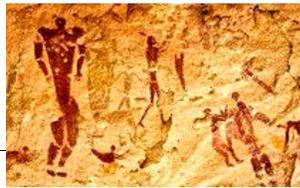
Tres décadas han pasado desde la publicación de la más célebre novela de Michael Ondaatje

László Almásy, el domador de las dunas

Piloto, cazador, espía, buscador de ciudades legendarias, arqueólogo... El explorador húngaro hizo del desierto su morada y su vida fue más apasionante que la del 'paciente inglés' que le dio la fama

(1992) y del filme dirigido por Anthony Minghella y protagonizado por Ralph Fiennes (1996). Durante esos años, Almásy ha sido muchos hombres: casanova y aventurero, amante trágico, erudito, traidor a Occidente, capitán nazi al servicio de Rommel y aburrido aristócrata. Con la medida que ofrece el tiempo, hoy podemos calibrar mejor su biografía –más apasionante que la ficticia– y acceder a su libro más emblemático, *Nadadores en el desierto*, que ahora publica Ediciones del Viento.

Ladislau Eduard Almásy nació el 22 de agosto de 1895 en una familia aristocrática húngara de Burgenland, región que hoy pertenece a Austria, y estudió en Inglaterra. Su padre György, zoólogo y etnógrafo, había sido explorador en Asia y dominaba media docena de lenguas. Una fotografía de László con 20 años revela ya su carácter: estricto, uniforme impecable, el pelo engominado y con raya al medio, nariz aguileña y ojos de zorro. Juguetea con su cigarrillo, extraído acaso de la misma pitillera que logró su



2007, geomorfólogos egipcios descubrieron un inmenso lago bajo la arena del Sáhara en Sudán. A raíz de la película 'El paciente inglés', hordas de turistas han visitado la cueva y causado daños irreversibles, desde fragmentos arrancados a grafitis

buena fortuna en Egipto. Aficionado a las máquinas y los artefactos, Almásy condujo desde joven automóviles y avionetas. A los 17 ya era piloto profesional y como tal participó en la Primera Guerra Mundial. Empieza a usar cuando le conviene el título de conde, otorgado –según parece– por el emperador Carlos I de Austria, a quien sirvió de chofer en un arriesgado viaje hasta Budapest.

Enamorado del desierto. Segundón y sin riqueza propia, debió trabajar para la empresa austriaca de automóviles Steyr, con los que además ganó varias carreras. Y, tras convencer a sus jefes y lograr el patrocinio de varios ricos, se embarca en 1926 en un recorrido a bordo de un Steyr entre Alejandría (Egipto) y Jartum (Sudán).

Aquel viaje cambió su vida. Sus apuntes biográficos describen su primer encuentro con el Nilo, las caminatas por el valle y el combate inaugural con la dureza del desierto de Nubia, rumbo a la capital sudanesa. A partir de ahí, acompañó a varios aristócratas en sus exploraciones por el norte africano. La más memorable fue la que emprendió en automóvil con el príncipe Ferdinand von Liechtenstein, en busca de Darb El Arbe'in, la «ruta de los cuarenta días» de las antiguas caravanas. Con ellos fue el camarógrafo Rudi Mayer, en cuya película aparece el Almásy que creemos conocer: camisa clara, cabello agitado y pantalones cortos para resistir el calor.

INMORTALIZADO (A SU MANERA) POR EL CINE

El carácter reservado es quizás lo único que comparten el verdadero László Almásy, extravagante, feo, divertido, bisexual, y el que encarna Ralph Fiennes



'EL PACIENTE INGLÉS'.

en 'El paciente inglés', un drama romántico que ganó en 1997 nueve premios Oscar

Curtido por numerosas expediciones y lector crédulo de Herodoto –como el personaje de Minghella– se obsesionó con la leyenda de un ejército persa devorado por una tormenta de arena. Era, narra el historiador griego, una fuerza de 50.000 hombres que el rey Cambises había enviado en el año 522 a.C. para someter a los sacerdotes del dios Amón, en el oasis de Siwa. La historia se la cuenta a Almásy un viejo guía o *kabir* en la ciudad de El Jarga. Es tuerto y paralítico, pero alberga la memoria de muchas generaciones bajo el turbante. Frente a la fogata nocturna, el anciano evoca con desdén a los conquistadores persas. «Obligarón a los *kabires* de El Jarga a guiarlos», afirma dolido, «pero aquellos hombres conocían su deber». Se dejaron matar por la tem-▶

J. M. W. Turner, The Avon Gorge at Bristol with the Old Hot Wells House, c. 1792. The Courtyard, London

Turner, Hockney, Cartier-Bresson, Marina Abramović...

Una invitación a perderse en el arte que nos mueve

CAMINOS CREATIVOS

Exposición

Hasta 9.4.23
Museo Centro Gaiás
Santiago de Compostela

cidadedacultura.gal

XUNTA DE GALICIA

Jeppe Hein, Reflecting Object, 2006. Thyssen-Bornemisza Art Contemporary Collection

Xacobeo 21-22

GAIÁS
CIDADE DA CULTURA

ALMÁSY, SEGUNDO
POR LA IZQDA., EN
1942, DURANTE LA
OPERACIÓN SALAM.



▶ pestad y yacen bajo las dunas junto a los invasores, sus caballos, espadas, armaduras y esqueletos. El viejo le habla a Almásy de Zarzura, la ciudad blanca, el oasis de los prodigios. «Sobre su puerta verás un pájaro tallado en piedra. Tiende la mano hasta su pico, toma la llave, abre y entra a la ciudad».

En busca de Zarzura. Hechizado, en el cénit de su delirio aventurero, el conde emprende la expedición que le dará más fama. El año es 1932 y llega a Egipto un caballero británico: Robert Clayton, trasvasado a la ficción como el cornudo y amargado Clifton. Atolondrado, buen piloto, Almásy se lo lleva a él y a otro inglés, Penderel, en busca de Zarzura y del ejército sepultado de Cambises.

Fue Clayton quien aportó la avioneta –la de Almásy se había averiado– para sobrevolar el desierto y realizar los sondeos previos al trayecto en automóvil. Después de estudiar el camino, los pesados camiones desbrozarían la arena en busca del legendario oasis de Herodoto. Desde luego, no encontra-

ron el batallón persa ni la ciudad mágica, pero la buena estrella del conde lo recompensó con un hallazgo no menos fabuloso: la Cueva de los Nadadores, en Gilf Kebir, área montañosa en la frontera entre Egipto y Libia. Ochocientas pinturas rupestres, trazadas hace 10.000 años, equiparables a Altamira o Lascaux.

Almásy había dado con ellas buscando sombra para descansar. Se dejó caer en una caverna y allí vio toros de color púrpura y blanco, jirafas y hombres armados con arcos y garfios. En otra cámara halló al grupo de nadadores y una gran piedra roja con ojos y labios. Llamó al lugar Valle de las Figuras, y el descubrimiento, que detalló en sus textos, lo hizo célebre entre los arqueólogos del mundo.

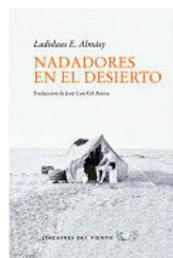
Abrigado por la fama, el conde regresó a Europa en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. En Budapest publicó *Nadadores en el desierto* (1939), versión alemana de los trabajos que ya habían visto la luz previamente en húngaro. El libro que ahora ofrece la casa editorial gallega está enriquecido por apuntes,

diarios e informes sobre Almásy. Un excelente apéndice se ocupa de su neblinosa labor durante la guerra al servicio de la inteligencia militar alemana. Como parte de la Operación Salam, para ayudar al general Rommel en 1942, logró infiltrar a dos espías en terreno británico en Egipto. Apresado por los soviéticos en 1945, fue juzgado por un «tribunal del pueblo» y devuelto –su reputación lo salvó– en pésimo estado de salud, a causa de las torturas.

Hombre de arena. Optó por regresar a Egipto y a sus viejas obsesiones de juventud, como el ejército de Cambises, pero allí comprobó lo que ya había escrito en 1934: «Los antiguos dioses saben defender todavía los últimos secretos del desierto». En 1951, el rey Faruk lo puso al frente del Desert Institute de El Cairo, pero meses después tuvo que volar a Austria ante las complicaciones de una amebiasis, y murió en Salzburgo.

László Almásy comprendió mejor que nadie el carácter de los hombres de arena. Dialogaba con los beduinos como un igual, conocía la mitología de los *djinn*s, los *ghule* y otros espectros de las dunas. Descubrió ruinas de monasterios coptos y el rastro de las caravanas de los faraones. Lo alimentaba el deseo de completar las «manchas en blanco» del mapa de África, y cartografió oasis, montañas y rutas. Fue el último viajero romántico –del mismo calibre que Lawrence de Arabia–, pero instalado en la modernidad.

El tono reposado de los párrafos, su serenidad, hacen de *Nadadores en el desierto* un libro reconfortante. Es, ante todo, la conversación de un caballero. «La realidad y la ensoñación se mezclan en mis pensamientos», escribió Almásy en su testamento sentimental, «me embarga ese anhelo por el desierto que, a quienes lo conocemos y hemos aprendido a amarlos, nos hace emprender constantemente nuevos viajes de exploración hacia la gran soledad».



**NADADORES
EN EL
DESIERTO**
Traducción de
José Luis Gil
Aristu. Ediciones
del Viento.
328 pp. 21 €